

# Ferlosio y la mano izquierda de la Verdad

Los ensayos de Rafael Sánchez Ferlosio llegan al cuarto volumen con este titulado «QWERTYUIOP», curioso enunciado que coincide con las primeras letras de los teclados

LUIS MEANA

Tras la aparición de los dos últimos tomos de los *Ensayos* de Rafael Sánchez Ferlosio –el tercero titulado *Babel contra Babel* y el último *QWERTYUIOP* (letras de la línea superior de los teclados de las máquinas de escribir)– se ve, por fin, lo que, entre tanto árbol/ensayo, probablemente no se había visto nunca: el bosque. Un variadísimo bosque de pensamientos, que a ratos forman un bosque transparentemente mediterráneo, otros uno impenetrablemente alemán, con casi toda la zoología de bichos que pululan por la patria y con casi toda la fitología de «plantas» que le han salido a nuestra historia. Gusten o disgusten, estos *Ensayos* son el cuadro de una época, una reinterpretación personal de nuestro tiempo. Como en Rousseau, aquí lo microscópico del artículo retrata lo macroscópico de la época.

Lo que sale de ese cuadro es luz: un espejo inteligentemente distorsionado de la variedad caótica de la existencia, y de sus creencias. Dicho sencillamente, sale una obra. Ensayística. Cosa que, en estas tierras, pueden decir muy pocos. Se cierra –y se redondea– una obra, y, si se me permite, una vida. Ese es el precioso regalo que este jeque del desierto nos hace a rumís y antirumís de esta tierra. Los Románticos, parientes lejanos de Ferlosio, aunque quizá no los tenga por tales, afirmaron que la genialidad consiste en el «compendio». Ante eso estamos, ante un compendio. Ante la compleja silueta de una obra a su manera insólita. Estos *Ensayos* son el *Kempis* crí-

tico de nuestra democracia. Dicho con otras palabras, un montón de paradojas convertidas en carne propia. Que eso es el verdadero conocimiento. Lo enunció muy bien Goethe: «el tema lo ve cualquiera, el contenido lo encuentra sólo el que está llamado a hacer algo con él». O sea, Ferlosio, hombre de contenidos.

Ante ese bosque, y sus árboles, lo que se produce es asombro. Un asombro sobrio, contenido, sin idolatría. Pero asombro. No es Ferlosio el Oráculo de Delfos, ni uno de los siete sabios de Grecia, tampoco «el que es», título que, según el Damasceno, es el principal nombre de Dios. Es, si se me permite, un diminuto «microbio» hispano- libando preferentemente

de papel prensa, u otros libros «raros», hasta destilar una miel extrañamente prodigiosa: una prosa poética con la que se entretienen ideas sorprendentes. Que a algunos les podrá parecer un extraño ajedrez ensayístico, con el que ocurre lo que, según Napoleón, ocurre siempre con el ajedrez: demasiado enrevesado para juego y demasiado simple para ciencia.

## Lo que estorba

Pero el móvil último de ese ensayismo está por encima de toda sospecha. Habla Nietzsche: «En la piedra veo durmiendo una imagen, la imagen de mis imágenes. Dolor causa verla obligada a dormir en esa feísima y durísima piedra. En-

tonces, mi martillo golpea enfurecido contra esa prisión. Y de la piedra va cayendo lo que estorba».

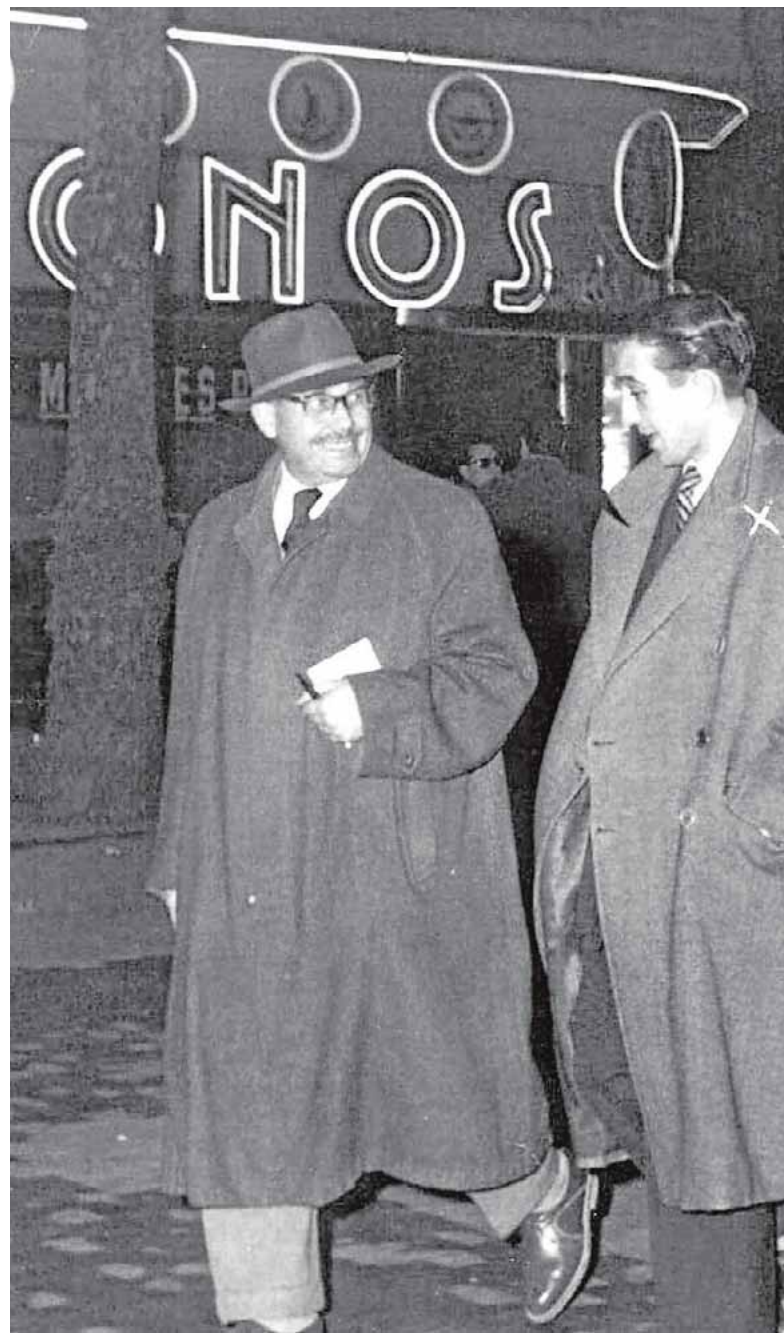
## Ejercicio de buceo

Esa es la razón de fondo del asombro. Su osadía para meterse en el corazón impávido de la redonda Verdad, en palabras de Platón. Asombro por ese atrevido ejercicio de buceo: sumergirse en las aguas abisales, buscar la fuente del Todo, salir a flote cargado de misterios, para, tras coger aire, volver a sumergirse. Ese ha sido siempre el trabajo ocioso de este pescador de perlas. En el bicentenario del nacimiento de Thoreau, pensador salvaje, podemos decirlo con sus palabras: «el tiempo

no es más que el río en el que voy a pescar... Su fina corriente fluye incansable, pero la eternidad permanece... El intelecto es una cuchilla que nos abre el aspecto más secreto de las cosas... El instinto me dice que mi cabeza es un órgano para hacer agujeros, el mismo fin para el que otras criaturas tienen el morro o las patas delanteras». No es este hombre-ensayo, Ferlosio, jinete de caballo ajeno. Cabalga sobre sus propias ideas –sean jamelgo, percherón matado, o vistosa jaca de paseo. Los pensamientos son «suyos», lo que no quiere decir que no puedan venir de otros. Unas veces los maneja magistralmente desde la montura y otras sale vo-

**FERLOSIO LIMPIA, CON UN CIERTO CABREO, EL AMBIENTE DE LAS OPINIONES FALSAS O FALSARIAS**

**ESTAMOS ANTE UN COMPENDIO: LA COMPLEJA SILUETA DE UNA OBRA A SU MANERA INSÓLITA**



lando por encima de las orejas. En un país en el que el mundo intelectual es un circo de famas falsas, ésta tiene el aura de lo auténtico: autenticidad conquistada cabalgando sobre tigres. Eso le ha convertido modestamente en «hombre representativo»: en extracto de su época. En uno de los que marca de lo que hay que hablar. O en palabras del gran historiador Burckhardt: el autor importante convierte «lo que un día fue júbilo y rechinar de dientes en conocimiento».

## Océano infinito

Esos cuatro tomos de los *Ensayos* forman, a su manera, una *Suma Filosófica* en miniatura. Como todas las *Sumas* después de Hegel, ésta solo puede ser incompleta, parcial y fragmentaria. Pero «Summa» al fin y al cabo, porque contiene los temas imprescindibles de las «Sumas»: el hombre, la religión, Dios, la lengua, la fatalidad, las pasiones, el desti-

no, la guerra, el progreso, el dinero, la metafísica, la justicia, el bien y la belleza... Y porque en «ese océano infinito e inabarcable de sustancias» (Santo Tomás) que son estos *Ensayos* se percibe una concepción de fondo. Es decir, una «Crítica» en el sentido de Kant: un correctivo –y hasta un purgativo– de las ideas y de las enfermedades de la Razón. De la Razón misma y de la Razón política porque esos tomos son, de una u otra manera, el análisis del tiempo que va de nuestra excepcionalidad política y social a la normalización democrática. Ferlosio limpia, con cierto cabreo, el ambiente de las opiniones –falsas, falsificadas o falsarias– de nuestro tiempo, las *doxas* (dogmas espurios, lugares comunes, santos falsos, locas ruedas de molino...) que rompen la *episteme*, el saber pulcro.

Le gusta, quizá más de la cuenta, atribuirse el epíteto de «diletante», palabra que, en su boca, es como la espita por la



Ferlosio, segundo por la izquierda, junto a unos amigos y su mujer entonces, Carmen Martín Gaité, pasean por Barcelona (1955), cuando fue a recoger el Premio Nadal por su novela «El Jarama»

que escapa un rizado vapor autocrítico. Ese epíteto tiene su miga. Hasta se ha hecho con él una bonita combinación de ideas: *Diletalent*. Quizá Ferlosio se deja impresionar demasiado por uno de sus más queridos dioses, porque este es un hombre que ama a sus dioses, Weber, quien apaleó a los diletantes con este diagnóstico: el diletante puede tener ocurrencias interesantes, pero le «falta la firme seguridad del método de trabajo». Con perdón al gigante, demasiada credulidad metódica.

### Chapuceros

Más duros fueron Goethe y Schiller: «el diletante se comporta respecto al arte como el chapucero con las reparaciones». Pero diletantes fueron Faraday, Mendel, Franklin, Burckhardt, además de muchos otros. Y el mismo Nietzsche no fue tomado en serio por los filósofos profesionales de su tiempo, dolidos quizá por su inteligencia penetrante y alta-

mente poética. Dejemos hablar a Schopenhauer: «Se mira con displicente superioridad a los diletantes porque ejercen las artes por amor y satisfacción propia. Por el contrario, se honra a los expertos que se ocupan de ellas para beneficiarse». O sea, nuestra decadencia.

### La aventura del Arte

Como los buenos diletantes, Ferlosio es un cuerpo extraño en medio de nuestros saberes, un aventurero del espíritu, como llamó Simmel al filósofo: «emprende el intento, sin perspectiva pero no por eso sin sentido, de plasmar en conocimiento conceptualizado una disposición vital del alma, su sentir contra sí misma, el mundo, Dios». El Arte es siempre esa aventura. Su esencia consiste en apartarse del camino llevado por un «instinto metafísico». Esa es la modestia del diletante. Esa es la modestia del «carácter» frente a la soberbia del «destino».

Esa es la modestia de la Verdad. Que fue expresada en fórmula imperecedera por Lessing: «Si Dios mantuviese guardada en su cerrado puño derecho toda la Verdad y, en el izquierdo, guardase solamente el afán permanente de Verdad, y me dijese, incluso advirtiéndome de que puedo equivocarme para toda la eternidad, ¡elige!, yo me iría con la mayor sumisión a su mano izquierda y le diría: dámela, Padre, que la Verdad pura sólo es para ti». Eso es Ferlosio, un muy valioso dedo en la larga o larguísima mano izquierda de la Verdad.

### QWERTYUIOP (ensayos 4) Rafael Sánchez Ferlosio



Ensayo  
Debate, 2017  
656 páginas  
34,90 euros

## Blandiana y el lenguaje de las flores

La poeta rumana Ana Blandiana clamó contra Nicolae Ceaucescu y ahora contra quienes destruyen Europa

JAIME SILES

Viorica Patea, en su amplia y excelente introducción, explica la tradición en que este libro, fechado en 1972, se inscribe: la de la lírica erótico-amorosa en su vertiente más transcendental y transcendentalizada, que la lleva –como a los místicos– a una experiencia límite de lo carnal y lo espiritual, que se traduce en un lenguaje de lo inefable, órbita en la que se movió San Juan de la Cruz y que tanto interesó a Jorge Guillén. De ahí las continuas referencias al *Cantar de los Cantares* y a Rilke, tan atraído siempre por nuestra mejor literatura espiritual. Lo que no le impide rendir su propio homenaje a las leyendas de su Rumania natal y, en concreto, a una balada: *Miorita*. Ahora bien, todo libro de amor –y éste lo es, y mucho– depende en su profundo fondo del *Canzoniere* de Petrarca, como éste depende de las *Elegías* de Propertio, que a su vez depende

–en su idea del libro como unidad orgánica– del *Liber Catullianus*, que, a su vez, dependía del canon de Calímaco. Este libro de Blandiana –como *Kampa* de Clara Janés– es un *ars amandi*, aunque no ovidiano, pues su perspectiva es la de una mujer y es desde el yo de una mujer desde el que se ha escrito. Pero es también un libro metapoético, en el que se reflexiona sobre el misterio de la palabra y de la creación y sobre otro misterio no menor como es el de la persona poemática.

Todo lo cual conduce a lo que la autora tematiza y simboliza como «el lenguaje de las plantas», que no es el lorquiano de las flores ni el wildeano de los abanicos sino otro, en el que lo plástico se une con lo religioso como en Fra Angelico o Giotto, dos pintores que –como Patea indica– podrían estar presentes en esa visualización de las sensaciones que Ana Blandiana (Timisoara, 1942) nos propone. Uno de los símbolos presentes en su obra anterior, el

espejo, es sustituido aquí por otro: por el eco, que en el vacío del aire deja de existir. Los amantes sólo se encuentran en el sueño, que es el lugar que los reúne en ese espacio que, sin dejar de estar fuera de la realidad, está siempre dentro de ella. No es, pues, casual que el título mismo del libro aluda a la estación del año que su realidad poética enmarca: el otoño, y que la nieve sea la página en la que se encierra y se entierra lo que no debe pervivir, pero también aquello que debe renacer. En diálogo con «Luceafarul», uno de los grandes poemas de Eminescu, con respecto al cual introduce no pocas y claras diferencias –la visión femenina es una, como el sentimiento religioso es otra, y otra es también su «mística visionaria»– la exaltación es desplazada por la elegía, y el tratamiento muestra una relación con la escultura y versos suyos recuerdan el estribillo *Ash-Wednesday* de Eliot.

### Nacer de la palabra

La muerte, aludida como crucifixión, incorpora una imagen plástica y eucarística a la vez.

**EN LA POESÍA DE  
BLANDIANA CADA  
PALABRA SE  
CONVIERTE «EN  
UN ACTO DE FE».  
EL AMADO NO ES  
OTRO QUE DIOS**

Como en los *rispetti* italianos, y antes en los cantos amebos latinos, los poemas se responden unos a otros en un diálogo poético que acaba «en el cielo soñador de la boca». El amado ha «nacido de la palabra» y el equilibrio entre los dos amantes se alcanza en «Duermo, duermes», uno de los mejores poemas del libro por la correspondencia entre tono e intensidad, junto con «Dos soles», articulado sobre el binarismo estructural que impregna todo el conjunto. En la poesía de Blandiana cada palabra se convierte «en un acto de fe». Así sabemos que el Amado no es otro que Dios. La traducción merece ser elogiada porque sus traductoras han sabido reproducir del mejor y más exacto de los modos la escritura del original.

La traducción merece ser elogiada porque sus traductoras han sabido reproducir del mejor y más exacto de los modos la escritura del original.

### Ana Blandiana Octubre, noviembre...



Poesía  
Trad.: V.  
Patea y N.  
Carbajosa  
Pre- textos,  
2017  
304 páginas  
19 euros